

Pquia. Ntra. Sra. de la Candelaria-Iglesia La Viña

Comunidades Bíblicas Parroquiales

5° domingo

TIEMPO ORDINARIO

10 de febrero 2019

1) Abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo Dios, que nos conducirá a la Verdad plena

ORACION COLECTA

“Dios nuestro, cuida a tu familia con incansable bondad, y ya que solo en Ti ha puesto su esperanza, defiéndela siempre con tu protección.”

Por N.S.J.C., tu Hijo que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

2) Escuchamos y leemos los signos de Dios en nuestras vidas, desde nuestra propia realidad personal y comunitaria

¿Qué significa para nosotros, en éste momento de nuestras vidas, ser discípulos de Jesús?

3) Escuchamos atentamente la S. Escritura en la cual Dios también nos habla

Lc 5,1-11

¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!

4) La palabra escuchada ha hecho resonar ECOS en nuestro corazón y en nuestras conciencias: ¿cuáles son? ¿los compartimos?

5) Es necesario REFLEXIONAR, PENSAR JUNTOS, algunos aspectos del texto, que conocidos, nos permiten interpretar el mensaje

Al llegar al lago de Genesaret, Jesús vive una experiencia muy diferente a la que ha vivido en su pueblo. La gente no lo rechaza, sino que se agolpa a su alrededor. Aquellos pescadores no buscan milagros, como los vecinos de Nazaret. Quiero oír la Palabra de Dios. Es lo que necesitan.

La escena es fascinante. No ocurre dentro de una sinagoga, sino en medio de la naturaleza. La gente escucha desde la orilla; Jesús habla desde las aguas serenas del lago. No está sentado en una cátedra, sino en una barca. Según Lc, en este escenario humilde y sencillo enseñaba Jesús a la gente.

Esta muchedumbre viene a Jesús para oír la Palabra de Dios. Intuyen que él les habla desde Dios. No repite lo que oye a otros; no cita a ningún maestro de la ley. Esa alegría que sienten en su corazón solo puede despertarla Dios. Jesús les pone en comunicación con él.

Años más tarde, en las primeras comunidades cristianas, se dice que la gente se acerca también a los discípulos de Jesús para oír la Palabra de Dios. Lucas vuelve a utilizar esta expresión audaz y misteriosa: la gente no quiere oír de ellos una palabra cualquiera; esperan una palabra diferente, nacida de Dios. Una palabra como la de Jesús.

Es lo que se ha de esperar siempre de un predicador cristiano. Una palabra dicha con fe. Una enseñanza arraigada en el evangelio de Jesús. Un mensaje en el que se pueda percibir sin dificultad la verdad de Dios y donde se pueda escuchar su perdón, su misericordia insondable y también su llamada a la conversión.

Probablemente muchos esperan hoy de los predicadores cristianos esa palabra humilde, sentida, realista, extraída del Evangelio, meditada personalmente en el corazón y pronunciada con el Espíritu de Jesús. Cuando nos falta este Espíritu jugamos a hacer de profetas, pero en realidad no tenemos nada importante para comunicar. Con frecuencia terminamos repitiendo con lenguaje religioso las profecías que se escuchan en la sociedad.

El relato de la pesca milagrosa en el lago de Galilea fue muy popular entre los primeros cristianos. Varios evangelistas recogen el episodio, pero solo Lucas culmina la narración con una escena conmovedora que tiene por protagonistas a Simón Pedro, discípulo creyente y pecador al mismo tiempo.

Pedro es un hombre de fe seducido por Jesús. Sus palabras tienen para él más fuerza que su propia experiencia. Pedro sabe que nadie se pone a pescar al mediodía en el lago, sobre todo si no ha capturado nada por la noche. Pero se lo ha dicho Jesús y Pedro confía totalmente en él: apoyado en tus palabras echaré las redes.

Pedro es al mismo tiempo un hombre de corazón sincero. Sorprendido por la enorme pesca obtenida, se arroja a los pies de Jesús y con una espontaneidad admirable le dice: apártate de mí, que soy un pecador. Pedro reconoce ante todos su pecado y su indignidad para convivir con Jesús.

Jesús no se asusta de tener junto a sí a un discípulo pecador. Al contrario, si se siente pecador, Pedro podrá comprender mejor su mensaje de perdón y su acogida a pecadores e indeseables. No temas. Desde ahora serás pecador y lo asocia a su misión de reunir y convocar a hombres y mujeres de toda condición a entrar en el proyecto salvador de Dios.

¿Porqué la Iglesia se resiste tanto a reconocer sus pecados y confesar su necesidad de conversión? La Iglesia es de Jesucristo, pero ella no es Jesucristo. A nadie puede extrañar que en ella haya pecado. La Iglesia es santa porque vive animada por el Espíritu Santo de Jesús, pero es pecadora porque no pocas veces se resiste a ese Espíritu y se aleja del Evangelio. El pecado está en los creyentes y en las instituciones; en la jerarquía y en el pueblo de Dios; en los pastores y en las comunidades cristianas. Todos necesitamos conversión.

Por otra parte, ¿no es más evangélica una Iglesia frágil y vulnerable, que tiene el coraje de reconocer su pecado, que una institución empeñada inútilmente en ocultar al mundo sus miserias? ¿No son más creíbles nuestras comunidades cuando colaboran con Cristo en la tarea evangelizadora, reconociendo humildemente sus pecados y comprometiéndose a una vida cada vez más evangélica? ¿No tenemos mucho que aprender también hoy del gran apóstol Pedro reconociendo su pecado a los pies de Jesús?

Está muy extendida la idea de que la culpa es algo introducido por la religión. Bastantes piensan que, si Dios no existiera, desaparecería el sentimiento de culpa, pero no habría mandamiento y cada cual podría hacer lo que quisiera.

Nada más lejos de la realidad. La culpa no es algo inventado por los creyentes, sino una experiencia universal que vive todo ser humano como ha recordado con insistencia la filosofía moderna (Kant, Heidegger, Ricoeur) Creyentes y ateos, todos enfrentamos a esta realidad dramática: nos sentimos llamados a hacer el bien, pero una y otra vez hacemos el mal.

Lo propio del creyente es que vive su experiencia de la culpa ante Dios. Pero, ¿ante qué Dios? Si se siente culpable ante la mirada de un Dios resentido e implacable, nada hay en el mundo más culpabilizador y destructor. Si, por el contrario, experimenta a Dios como alguien que nos acompaña con amor, siempre dispuesto a la comprensión y la ayuda, es difícil pensar en algo más luminoso, sanador y liberador.

Pero, ¿cuál es la actitud real de Dios ante nuestro pecado? No es tan fácil responder a esta pregunta. En el A.T. se da un largo proceso que a veces los creyentes no llegamos a captar. Ricoeur nos advierte de que "todavía queda mucho camino hasta que comprendamos o adivinemos que la cólera de Dios es solamente la tristeza de su amor"

Pero resulta todavía más deplorable que bastantes cristianos no lleguen nunca a acoger con gozo al Dios de perdón y de gracia revelado en Jesús. ¿Cómo se ha podido ir formando entre nosotros esa imagen de un Dios resentido y culpabilizador? ¿Cómo no trabajar con todas las fuerzas para liberar a la gente de tal equívoco?

No pocas personas piensan que el pecado es un mal que se le hace a Dios, el cual impone los mandamientos porque le conviene a él; por eso castiga al pecador. No terminamos de comprender que el único interés de Dios es evitar el mal a sus hijos e hijas, pues el pecado es un mal para el ser humano, no para Dios. Lo explicaba hace mucho S. Tomás: Dios es ofendido por nosotros solo porque obramos contra nuestro propio bien.

Quien, desde la culpa, solo mira a Dios como juez resentido y castigador, no ha entendido nada de ese Padre cuyo único interés somos nosotros y nuestro bien. En ese Dios en el que no hay egoísmo ni resentimiento solo cabe ofrecimiento de perdón y de ayuda para ser más humanos. Somos nosotros los que nos juzgamos y castigamos rechazando su amor.

La escena que nos describe Lucas es profundamente significativa, Simón Pedro se arroja a los pies de Jesús, abrumado por sus sentimientos de culpa de culpa e indignidad: apártate de mí, Señor, que soy un pecador. La reacción de Jesús, encarnación de un Dios de amor y perdón, es conmovedora: no temas. Desde ahora serás pescador de hombres.

Se dice a menudo que ha desaparecido la conciencia de pecado. No es del todo cierto. Lo que sucede es que la crisis de fe ha traído consigo una manera diferente, no siempre más sana, de enfrentarse a la propia culpabilidad. De hecho, al prescindir de Dios, no pocos viven la culpa de modo más confuso y más solitario.

Algunos han quedado estancados en la forma más primitiva y arcaica de vivir el pecado. Se sienten manchados por su maldad. Indignados de convivir junto a sus seres queridos. No conocen la experiencia de un Dios perdonador, pero tampoco han encontrado otro camino para liberarse de su malestar interior.

Otros siguen viviendo el pecado como transgresión. Es cierto que han borrado de su conciencia algunos mandamientos, pero lo que no ha desaparecido en su interior es la imagen de un Dios legislador ante el que no saben cómo situarse. Sienten la culpa como una transgresión con la que no es fácil convivir.

Bastantes viven el pecado como autoacusación. Al diluirse su fe en Dios, la culpa se va convirtiendo en una acusación sin acusador (Ricoeur) No hace falta que nadie los condene. Ellos mismos lo hacen. Pero, ¿cómo liberarse de esta autocondena?, ¿basta olvidar el pasado y tratar de eliminar la propia responsabilidad?

Se ha intentado también reducir el pecado a una vivencia psicológica más. Un bloqueo de la persona. El pecador sería una especie de enfermo, víctima de su propia debilidad. Se ha llegado incluso a hablar de una moral sin pecado. Pero ¿es posible vivir una vida moral sin vivenciar la culpabilidad?

Para el creyente, el pecado es una realidad. Inútil encubrirlo. Aunque se sabe muy condicionado en su libertad, el cristiano se siente responsable de su vida ante sí mismo y ante Dios. Por eso confiesa su pecado y lo reconoce como una ofensa contra Dios. Pero contra un Dios que solo busca la felicidad del ser humano. Nunca hemos de olvidar que el pecado ofende a Dios en cuanto que nos daña a nosotros mismo, seres infinitamente queridos por él.

Sobrecogido por la presencia de Jesús, Pedro reacciona reconociendo su pecado: apártate de mí, Señor, que soy un pecador. Pero Jesús no se aparta de él, sino que le confía una nueva misión: no temas; desde ahora serás pescador de hombre. Reconocer el pecado e invocar el perdón es, para el creyente, la forma sana de renovarse y crecer como persona.

La culpa como tal no es algo inventado por las religiones. Constituye una de las experiencias humanas más antiguas y universales. Antes que aflore el sentimiento religioso se puede advertir en el ser humano esa sensación de haber fallado en algo. El problema no consiste en la experiencia de la culpa, sino en el modo de afrontarla.

Hay una manera sana de vivir la culpa. La persona asume la responsabilidad de sus actos, lamenta el daño que ha podido causar y se esfuerza por mejorar en el futuro su conducta. Vivida así, la experiencia de la culpa forma parte del crecimiento de la persona hacia su madurez.

Pero hay también maneras poco sanas de vivir esta culpa. La persona se encierra en su indignidad, fomenta sentimientos infantiles de mancha y suciedad, destruye su autoestima y se anula. El individuo se atormenta, se humilla, lucha consigo mismo, pero al final de todos sus esfuerzos no se libera ni crece como persona.

Lo propio del cristiano es vivir su experiencia de culpa ante un Dios que es amor y solo amor. El creyente reconoce que ha sido infiel a ese amor. Esto da a su culpa un peso y una seriedad absoluta. Pero al mismo tiempo lo libera del hundimiento, pues sabe que, aun siendo pecador, es aceptado por Dios: en él puede encontrar siempre la misericordia que salva de toda indignidad y fracaso.

Según el relato, Pedro, abrumado por su indignidad, se arroja a los pies de Jesús diciendo: apártate de mí La respuesta de Jesús no podía ser otra: no temas, no tengas miedo de ser pecador, pero se sabe al mismo tiempo aceptado, comprendido y amado incondicionalmente por ese Dios revelado en Jesús.

Jesús solicita la barca de nuestro corazón, de nuestra conciencia, de nuestra humanidad, de nuestra formación para poder enseñar a la multitud; Jesús en la Eucaristía pide que le prestemos la barca de nuestra Comunidad desde donde llegar a todos.

En nuestra respuesta generosa hemos de prestar atención a la intensidad de vida que se nos propone, y alimentados y vivificados por su Palabra y su Cuerpo, no mirar tanto nuestra pobre humanidad, sino la potencia de su gracia que conlleva el llamado.

La Iglesia aprende a confiar en Jesús para navegar mar adentro; a compartir los logros y alentar la esperanza que aún en un mundo tan difícil, Jesús nos invita y nos manda a echar las redes en su nombre, no como proselitismo, sino para dar vida.

“Señor, lléname de confianza en tu palabra para que me lance mar adentro. Ya no quiero confiar en mis seguridades humanas sino en tu poder que me guía y me sostiene. Y perdóname Señor por mis desconfianzas, porque soy un pobre pecador”

6) La experiencia de la vida compartida, la Palabra proclamada, la información recibida, la meditación realizada seguramente nos ha dejado una riqueza, una maduración, una sabiduría en la Fe que buscan hacerse oración y acción por el Reino de Dios para que venga

Ahora realizamos, las suplicas, acciones de gracias o peticiones que podamos agregar.....

7) ACTUAMOS: podemos realizar un propósito de vida personal y/o comunitario